

La concepción del hombre de cultura en Norberto Bobbio

Laura Baca Olamendi

Respecto al desarrollo del curso histórico, los intelectuales a veces están anticipados, a veces están en retraso, raramente están en horario. Por lo demás su función no es decir qué hora es, esto es de registrar lo que pasa, sino de inventar el futuro o redescubrir el pasado.

Norberto Bobbio, *La Cultura italiana tra 800' e 900'*

En sus numerosos escritos sobre la relación entre política y cultura, el filósofo turinés ha comprobado la existencia de numerosas formas para caracterizar a los intelectuales según las definiciones, tipologías y figuras diferenciadas propuestas por diversas corrientes de pensamiento. Por otra parte, el tema de los intelectuales es perenne, ya que obliga inevitablemente a replantear uno de los puntos cruciales de la filosofía occidental: la relación entre teoría y praxis, entre pensamiento y acción o, dicho de otra manera, entre política y cultura. Es precisamente a través del modo de entender esta relación que se han justificado distintos análisis —muchas veces contrapuestos— que tienen como fin estudiar el universo que rodea a los intelectuales. Para responder a la pregunta sobre *quiénes son*, Norberto Bobbio ha planteado *in primis* la necesidad de distinguir entre las formas del poder. Un primer criterio es la tipología de los diferentes poderes: económico, ideológico y político, es decir, del poder que deriva de la riqueza, del saber y de la fuerza. Este tipo de clasificación es un elemento constante en las teorías sociales contemporáneas y permite observar que el poder ideológico tiene gran importancia social a diferencia del poder económico¹

Doctora en Historia de las Instituciones y de las Doctrinas Políticas por la Universidad de Turín, Italia.

¹ El poder económico puede definirse como "aquel que se vale de la propiedad de ciertos bienes, necesarios o considerados como tales, en una situación de carestía, para inducir a todos

y del político,² porque lo ejercen los más diversos sujetos: los sacerdotes en las sociedades tradicionales, los literatos, los científicos, los técnicos y los llamados “intelectuales” en las modernas sociedades secularizadas. En efecto, según Bobbio, el poder ideológico influye a través del control de ciertas formas de saber (sean doctrinas, principios o códigos de conducta) en el comportamiento de los demás, incitando o persuadiendo a los diversos miembros de un grupo o de una sociedad a realizar una acción. A diferencia de los otros dos poderes, el ideológico se ejerce con la palabra y en especial a través de signos y símbolos. En este sentido, se ocupa de la organización del consenso y del disenso.³ Según Bobbio, la importancia de este poder proviene de que gracias al proceso de socialización los valores y las normas, cuyo conocimiento es necesario para que los diferentes grupos sociales permanezcan unidos, han sido divulgados por “los que saben” —sacerdotes, literatos o intelectuales.

El origen del nombre

Para establecer quiénes son los intelectuales es indispensable iniciar con la etimología de la palabra. Bobbio subraya que si bien el tema es antiguo, el nombre es relativamente reciente: “el término se introduce cuando se comienza a discutir el problema de la incidencia de las ideas sobre la conducta de los hombres en sociedad y proviene del ruso ‘intelligenciija’”.⁴ El significado del término “intelectual” no se puede dissociar del de intelecto o inteligencia y, por lo tanto, “del uso prevalente de operaciones mentales y de instrumentos de investigación”

aquellos que no los poseen a tener una cierta conducta, que consiste principalmente en la ejecución de un trabajo útil”. Norberto Bobbio, *Stato, governo e società*, Turín, Einaudi, 1985, p. 73.

² El poder político utiliza como medio específico “la fuerza”, y ha sido considerado siempre el *sumo poder* porque, según el autor, quien lo ejerce en cualquier sociedad es el grupo dominante. Bobbio, *op. cit.*, p. 73.

³ Bobbio precisa que en la sociedad civil “se verifica el fenómeno de la opinión pública, entendida como la expresión del consenso y del disenso, en relación con las instituciones, que puede ser transmitida a través de la prensa, la radio y la televisión”. La sociedad civil representa, además, el lugar donde se forman los procesos de deslegitimación y de relegitimación que están estrechamente vinculados con los diversos actores sociales, entre ellos, de manera especial, los intelectuales. En este sentido, es fácil concluir que el ámbito de la sociedad civil es el espacio idóneo para ejercer la función de los intelectuales. *Ibid.*, p. 27.

⁴ Según Bobbio, en el particular contexto de la historia de la Rusia prerrevolucionaria, el término fue utilizado por primera vez por el escritor Boborykin y se difundió durante los últimos decenios del siglo. Con este concepto se indica al conjunto de librepensadores, escritores, políticos o críticos literarios, que inician, promueven y hacen explotar el proceso de crítica a la autocracia zarista. Norberto Bobbio, “Intellettuali”, *Enciclopedia del Novecento*, Roma, IEL, 1978, p. 802. Para una mayor profundización del tema se pueden consultar otros estudios de tipo etimológico: VV.

relacionados con el desarrollo de la ciencia. En el sentido moderno de la palabra, es difícil ampliar este concepto tanto a los representantes y a los “depositarios de la sabiduría” de las sociedades primitivas, como a los sacerdotes en las sociedades eclesiásticas. En el mundo contemporáneo el término “intelectual” forma parte del lenguaje común, y se usa en general —según las diversas interpretaciones— para designar un grupo, un rango, una categoría o una clase social. Sin embargo, Bobbio advierte que independientemente de la interpretación que se utilice en su definición, los intelectuales tienen “sus propios roles y funciones específicos en la sociedad”.⁵ El significado de la palabra —utilizada casi siempre en plural y como colectivo— ha evolucionado sin perder del todo la connotación de *antagonista del poder*, entendida sobre todo como una posición de distancia crítica, que para el filósofo italiano implica que el intelectual debe ser “independiente pero no indiferente” respecto a la política.⁶ A pesar de que estos sujetos históricos han sido llamados “intelectuales” no hay que olvidar, cuando se estudia su origen y su función, que han existido siempre, con diferentes nombres, según los tiempos y las sociedades: sabios, doctos, filósofos, clérigos, hombres de letras y literatos.⁷ A juicio de Bobbio, el antecedente histórico más cercano a los intelectuales de hoy lo representarían los *philosophes* del siglo XVIII.⁸ Por otro lado, el descubrimiento de la imprenta en el mundo moderno permitió la multiplicación de los mensajes, aumentando el número de los que viven no sólo “para las ideas sino también de las ideas”.⁹ En este contexto, la figura típica del intelectual se transforma en la del escritor y autor de libros. Además, con la difusión de la radio y la televisión, el espacio y la influencia de la palabra hablada se han extendido enormemente sin que por esto haya disminuido la importancia de la palabra escrita. La consecuencia es la

AA. “Intellettuali”, *Dizionario di Politica*, Turín, UTET, 1983, p. 555; VV. AA. “Intellettuali”, *Dizionario di Politica e Scienze Sociali*, Florencia, La Nuova Italia, 1991, p. 443; y VV. AA., “Intelligentsia”, *A Dictionary of the Social Sciences*, Nueva York, The Free Press, 1964, p. 341.

⁵ Bobbio, “Intellettuali”, p. 802.

⁶ Norberto Bobbio, “I pre e i post dell’intellettuale”, *La Stampa*, 23 de noviembre de 1977, p. 2.

⁷ Bobbio, “Intellettuali”, p. 799.

⁸ En 1753 D’Alembert, uno de los promotores de la *Enciclopedia*, escribe *Essai sur les gens de lettres*, obra que puede considerarse “como el primer tratado en el sentido moderno sobre el problema de los intelectuales”, “Intellettuali”, *Dizionario di Politica*, op. cit., p. 556. No obstante, la palabra *intelectual* fue recuperada y utilizada en Francia en ocasión del caso Dreyfus, durante el cual un grupo de grandes personalidades, entre los que destacaban Émile Zola y Marcel Proust, firmaron en 1898 el *Manifeste des Intellectuels*, en “Intellettuali”, *Dizionario di Politica e Scienze Sociali*, op. cit., p. 443.

⁹ Norberto Bobbio, “Intellettuali”, p. 802.

formación de una siempre más amplia opinión pública, referente principal de los intelectuales. En cierto sentido, ambos fenómenos (la formación de la opinión pública y los intelectuales en la “dimensión moderna de la palabra”) son, a juicio de Bobbio, concomitantes.

Definiciones

De acuerdo con Bobbio, es posible clasificar a los intelectuales según diferentes criterios.¹⁰ El primero es el relativo al “tipo de trabajo”, que distingue entre *manual* e *intelectual*. Contrapone el oficio de artesano a las diferentes profesiones intelectuales y tiene carácter extensivo, ya que sólo delimita dos grandes ámbitos: el de quien puede ser llamado “intelectual” y el de quien no. El segundo criterio se refiere a una distinción más amplia del trabajo intelectual, con dos dimensiones: “una acepción amplísima que incluye a todos aquellos que realizan un trabajo no manual, y una acepción restringida que incluye solamente a los llamados *maitres penseurs*”.¹¹ Para el autor, ambos sentidos son poco útiles para dar una descripción neutral del término, ya que tienden a sobreponer dos definiciones de intelectual que confunden el significado del sustantivo y el del adjetivo. En efecto, en la primera prevalece el adjetivo, es decir, se considera la expresión “trabajo intelectual” contrapuesta a “trabajo manual”. Al contrario, en la segunda definición el sustantivo predomina y la distinción se refiere a dos acepciones de mayor o menor extensión. En relación con la primera, Bobbio advierte que abarca a los que hacen obra artística, literaria o científica, así como a quienes transmiten el patrimonio cultural adquirido o aplican invenciones o descubrimientos hechos por otros: “a los creadores o a los comentaristas, para usar la distinción hecha por Weber entre los ‘profetas’ (anuncian el mensaje) y los ‘sacerdotes’ (lo transmiten)”.¹² Según Bobbio, esta división corresponde a dos categorías de intelectuales: la primera se refiere a los que realizan un trabajo intelectual en sentido amplio y la segunda, a los diversos tipos de trabajos

¹⁰ A diferencia de la propuesta bobbiiana, una vertiente de la literatura sociológica define a los intelectuales con base en cuatro criterios: a) poseer una instrucción o “cultura superior”; b) especialización en una determinada actividad mental; c) comportamiento en relación con la autoridad y las instituciones, y d) colocación dentro de la estructura de clase. “Intellettuali”, *Dizionario di Sociologia*, Turín, UTET, 1978, p. 391.

¹¹ Bobbio, *Gli intellettuali e il potere*, op. cit., p. 65.

¹² Bobbio, “Intellettuali”, p. 800.

intelectuales. Ambas definiciones presentan problemas diferentes, porque si bien es cierto que un intelectual desarrolla un trabajo no manual, esto no implica necesariamente que todos los que ejecutan un trabajo no manual sean intelectuales. En realidad, lo que caracteriza al intelectual, según Bobbio, no es tanto el tipo de trabajo como la *función* específica que realiza. Para él es posible establecer un tercer criterio: considerar una "acepción intermedia" referida sobre todo a "qué cosa" hacen los intelectuales. Desde este punto de vista, son sujetos creadores, portadores y difusores de ideas.¹³ Más exactamente, se puede decir que son intelectuales quienes "de hecho o de derecho", en un determinado periodo histórico y en circunstancias precisas de tiempo y de lugar, son considerados como los sujetos cuya función es elaborar y difundir conocimientos, teorías, doctrinas, ideologías, concepciones del mundo o simples opiniones, las cuales constituyen los sistemas de ideas de una determinada sociedad.¹⁴ Tal definición se limita a *men of ideas*,¹⁵ y aunque es muy genérica, sirve para evitar la confusión entre los "intelectuales" y los que desarrollan un trabajo intelectual, en el sentido de trabajo no manual. Por lo tanto, un intelectual es quien elabora y transmite ideas. No hay que olvidar, sin embargo, que en los últimos tiempos esta definición ha originado diversas concepciones sobre la función de los intelectuales. Bobbio comenta que es más apropiado plantear el problema utilizando el término en una dimensión neutral. De hecho, afirma que los intelectuales no son jamás, excepto en el caso de sociedades teocráticas, los depositarios de un cuerpo de doctrinas. El uso neutral del término, que presupone la inexistencia de juicios de valor —según los cuales los intelectuales pueden ser buenos o malos—, permite estudiar la influencia de las ideas en el desarrollo de una determinada sociedad. Dicho de otra manera, el problema de los intelectuales se presenta "cuando se habla de la incidencia (o de la falta de incidencia) de las ideas sobre la conducta de los hombres en la sociedad".¹⁶ Respecto a otras posibles definiciones, Bobbio sostiene que no se debe considerar a los intelectuales como representantes de una "categoría homogénea" ni, peor aún, como una "corporación" como la de los médicos ni como una "casta" como la de los militares. Existen

¹³ *Ibid.*, p. 798.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 798 y 799.

¹⁵ La definición la formula A. Coser en *Men of Ideas*, Nueva York, 1965. Citado por Bobbio en "Intellettuali", p. 799; y en "Quali intellettuali e per quale politica", *Avanti!*, año LXXXIII, núm. 35, 11-12 de febrero de 1979, p. 9.

¹⁶ Bobbio, "Intellettuali", p. 798.

otras versiones que demuestran lo múltiple y contradictorio de los conceptos comprendidos en la simple palabra "intelectual", por ejemplo: "intérprete y portavoz del espíritu, misionero o funcionario de la humanidad, guardián de la verdad eterna, tutor o pedagogo de la nación [...] o al contrario, crítico y antagonista del poder, vanguardia de la clase revolucionaria, guardián feroz de la ideología [y], según las circunstancias, comprometido o indiferente".¹⁷ El elemento común a estas definiciones es que tienen un nexo con lo relacionado con las ideas. Es decir, si se quiere limitar la extensión del concepto para hacerlo útil, es necesario tener en cuenta a quienes se ocupan profesionalmente de las ideas.¹⁸ En este sentido, Bobbio propone una definición muy precisa: "Los intelectuales son todos aquellos para los que transmitir mensajes es su ocupación habitual y consciente, y aunque suene un tanto brutal, para los que casi siempre representa también su manera de ganarse el pan".¹⁹ En síntesis, en cada época histórica y en cada sociedad han existido representantes del poder ideológico; sin embargo, cuando hoy se habla de intelectuales se hace referencia a un fenómeno específicamente moderno vinculado a la "separación de la ciencia mundana, antes dirigida a la naturaleza y sólo posteriormente ocupada del estudio del hombre y de la sociedad". Así pues, es posible identificar a lo largo de la historia diferentes "tipos de intelectual", producto específico de las diversas concepciones de la función de los intelectuales. Antes de iniciar el análisis mencionaré dos aspectos que Bobbio considera fundamentales para una correcta definición de los intelectuales: por un lado, la importancia del momento histórico, y por el otro, de su responsabilidad histórica. Veamos esto en detalle.

El intelectual como producto de su circunstancia histórica

Según Bobbio los intelectuales son expresión de la sociedad en que viven y es posible comprobar un vínculo estrecho entre el intelectual

¹⁷ Norberto Bobbio, "Le colpe dei padri", *Il Ponte*, año XXX, núm. 6, junio de 1974, p. 657.

¹⁸ Es conveniente aclarar que las "ideas" se definen como aquello que es transmisible de mente a mente: un pensamiento, un estado de ánimo, una emoción, una información, una doctrina entera, etc. La transmisión de las ideas o mensajes se lleva a cabo sobre todo a través del lenguaje oral y escrito: "si bien todos los sujetos hablan y transmiten ideas, existe una categoría de personas para las cuales hablar y también escribir, el transmitir ideas es su ocupación habitual, en una palabra, su profesión", *ibidem*, p. 657.

¹⁹ Bobbio, "Quali intellettuali e per quale politica", p. 9.

y su tiempo: "cada sociedad, en cada época, ha tenido sus intelectuales, es decir, un grupo más o menos extenso de individuos que ejercen el poder espiritual o ideológico de manera contrapuesta al poder temporal o político".²⁰ En este sentido, uno de los criterios para distinguir los diferentes tipos de sociedades es el grado de poder que tienen los intelectuales respecto a otros grupos sociales:

en un extremo se encuentran las sociedades ideales en las que los intelectuales están en el poder y para las cuales han sido acuñadas diversas expresiones, como: ierocracia (caracterizada por el dominio de los sacerdotes); clerocracia (que se distingue por el dominio de los eruditos); sofocracia (donde dominan los filósofos), ideocracia (donde el gobierno se funda sobre la imposición de los principios ideológicos), y logocracia (que es el gobierno de los retóricos).

En el otro extremo están las sociedades reales, en las que el principio central que las pone en movimiento es adverso a la "inteligencia": la plutocracia (caracterizada por el dominio de la riqueza), la bancocracia (donde el poder se ubica en la banca) y la *strateocracia* (donde gobiernan los militares).²¹ Según Bobbio, la ubicación se encuentra estrechamente ligada a la responsabilidad que los intelectuales tienen con su momento histórico. En efecto, el autor afirma que cuando en el escenario político irrumpe una acción, un movimiento o una iniciativa que no se corresponde con los "esquemas tradicionales", lo que en realidad se está discutiendo con particular intensidad son las relaciones entre los intelectuales y la política y, en tal sentido, "se repropone el debate sobre la responsabilidad de los hombres de cultura frente a los problemas cruciales de su tiempo".²² La primera referencia a esta problemática la encontramos en 1954, cuando afirma que los intelectuales "no tienen privilegios, sino deberes y funciones" y que, por lo tanto, no es correcto atribuir "la responsabilidad de su esterilidad a la sociedad sino más bien a sí mismos [...] cada sociedad tiene los intelectuales que le convienen, y si la sociedad está convulsionada o atrasada o enferma, los grupos intelectuales no pueden no resentirlo. Entre más atrasada es la sociedad, los intelectuales son más retóricos, ideológicos, desprecian la técnica y exaltan un saber contemplativo que pregona la propia

²⁰ Bobbio, "Intellettualli", p. 801.

²¹ *Idem*.

²² Norberto Bobbio, "Presenza politica della cultura", *Studi Sienesi*, XC (III serie), núm. 3, 1978, p. 309.

inutilidad".²³ Lo anterior demuestra que los intelectuales no sólo existen, sino que también ejercen una influencia real que es necesario considerar. Con este propósito aclaremos que el concepto de "responsabilidad" se entiende como el deber de calcular, antes de actuar, las consecuencias de las propias acciones.²⁴ Por un lado, según Bobbio, se dice que un hombre es responsable o, mejor dicho, que tiene sentido de responsabilidad, cuando antes de actuar se preocupa de prever los efectos de su acción. En cambio, se dice que es irresponsable aquel que actúa por su cuenta u obedeciendo a principios en los que cree ciegamente sin preocuparse de lo bueno o malo que sus acciones puedan acarrear. Del mismo modo, nuestro autor presenta en términos muy claros lo que entiende por irresponsabilidad de los intelectuales: "independientemente de la sociedad y del periodo histórico en que viven, los intelectuales pueden sostener cualquier razonamiento y comportamiento: siempre serán inocentes". Al respecto afirma de manera muy dura que: "es demasiado cómodo en verdad separar las obras del intelecto de la historia que las ha generado y que ellos han contribuido también, por vías indirectas, a generar, y colocarse en una especie de '*status naturae incorruptae*', en un estado de perpetua inocencia, no manchado por el fango de la historia".²⁵

Los intelectuales, según Bobbio, deben ser responsables de lo que escriben y de lo que hacen, por lo que es importante reforzar la convicción de que existe una muy precisa e identificable responsabilidad entre su función y las cosas del mundo. Ellos deben atribuir la falta de responsabilidad a sí mismos y no a la sociedad en la que viven. Desde esta perspectiva, los intelectuales deben asumir la responsabilidad de sus decisiones y sus consecuencias ya que están estrechamente vinculados con la forma en que se ejerce el poder ideológico. De acuerdo con esta interpretación, es indispensable estar conscientes de que las dimensiones de este poder y los medios con los que los intelectuales dan a conocer y hacen valer sus ideas han cambiado mucho. Bobbio sostiene que el aumento y la extensión de este poder debe ser equivalente a un incremento de responsabilidad: en efecto, "hablar de responsabilidad de los intelectuales significa que también ellos, como todos, deben res-

²³ Norberto Bobbio, "Intellettuuali e vita politica in Italia", *Politica e Cultura*, op. cit., p. 130.

²⁴ "Cuando se dice que una persona es responsable se pueden entender dos cosas distintas: a) que responde de las propias acciones frente a alguien que está arriba de él; b) que actúa dándose perfectamente cuenta de las consecuencias de las propias acciones", Norberto Bobbio, "La crisi è permanente", en *Lutopia capovolta*, Turín, La Stampa, 1990, p. 49.

²⁵ Bobbio, *Quale socialismo?*, Turín, Einaudi, 1976, p. 91.

ponder ante alguien".²⁶ Para los intelectuales la responsabilidad ha sido siempre, moral y jurídicamente, un hecho subjetivo e individual. Bobbio propone, en cambio, que deben responder en primera persona de sus propias ideas. En este sentido, sostiene que el problema tiene dos aspectos: el primero se refiere a la responsabilidad "como conciencia de la propia acción", y el segundo, "ante quién se es responsable". En este contexto es importante recordar que independientemente del lugar que ocupen los intelectuales en la sociedad, éstos tienen una responsabilidad histórica precisa. Un último punto en la caracterización que Bobbio establece se relaciona con la función política que desempeñan los hombres de cultura.

Tareas o funciones

Los problemas que surgen con mayor frecuencia cuando se discute la función de los intelectuales en la sociedad tienen que ver con: *a)* el debate acerca de si constituyen un grupo o una clase; *b)* si tienen una función específica y, de ser así, cuál es; *c)* si esta función está vinculada con las condiciones del tiempo en que viven, y *d)* si su tarea tiene carácter político. Respecto al primer punto, Bobbio sostiene que de acuerdo con las diversas interpretaciones se presupone que los hombres de cultura forman parte de un grupo, de una categoría o de una clase social y que, por lo tanto, tienen una "*función propia y un papel específico en la sociedad*".²⁷

Es importante recordar que aunque los intelectuales sean considerados como un grupo o una clase, esto no significa que quienes ejercen la profesión de las ideas la conciben del mismo modo. En efecto, en lo que se refiere a su tarea o función, nuestro autor afirma que es necesario partir nuevamente de la definición neutral que ve al intelectual como el sujeto que "no hace cosas sino que reflexiona sobre ellas, que no maneja objetos sino símbolos y cuyos instrumentos de trabajo no son las máquinas sino las ideas". Es en este sentido que a los intelectuales corresponde la función múltiple de "incitar, exaltar, fomentar, persuadir y disuadir, aconsejar, convencer, amenazar y aterrorizar, educar y maleducar, liberar y oprimir, estimular y desestimular, seducir, alabar, sugestionar y, naturalmente, también algunas veces hacer re-

²⁶ Bobbio, *Presenza politica della cultura*, pp. 313 y 321.

²⁷ Bobbio, "Intellettuai", p. 802 (Las cursivas son mías.)

flexionar”.²⁸ Cuando se discute sobre su papel resulta evidente que “algunos tratan de definirlos despreciativamente como aquellos que se dedican a la creación del consenso (se entiende que con los poderosos del momento)”. Una afirmación de este tipo, sin embargo, parece olvidar nuevamente, por un error de falsa generalización, que existen también intelectuales que practican el disenso en la parte opuesta.²⁹ De este modo, Bobbio sostiene que a lo largo de la historia es posible constatar diversas interpretaciones sobre la función del intelectual y que cada corriente de pensamiento ha propuesto, a su vez, diferentes tipologías y modelos. Sin embargo, para nuestro autor es importante tener presente, por una parte, que “todas las definiciones son convencionales, es decir, dependen del uso que el que habla o escribe pretende hacer de este concepto”,³⁰ y por la otra, que cada definición está circunscrita a un determinado momento y sociedad. Esta problemática incesante obliga a quien se ocupa del tema a interrogarse constantemente sobre uno de los “puntos cruciales” del pensamiento occidental: qué relación hay entre el mundo de las ideas y el de las acciones.³¹ Desde esta perspectiva, y de acuerdo con Norberto Bobbio, se puede llegar a una primera conclusión: el hombre de cultura expresa tanto las necesidades como el sistema de valores y los ideales de su tiempo. Para analizar la propuesta bobbiana acerca del carácter político de la función de los intelectuales es necesario referirse sobre todo a “qué” hacen, ya que de esta manera resulta evidente que sólo a través de una acepción neutral del término es posible considerarlos como “creadores, portadores y difusores de ideas”.³² La caracterización de la función política tiene un doble punto de partida: el ejercicio del poder ideológico y del diálogo y del espíritu crítico. En realidad, lo que caracteriza al intelectual no es tanto el tipo de trabajo que realiza sino el papel que desempeña en la sociedad. En tal contexto, la función de los intelectuales se encuentra relacionada con lo “que se puede hacer con las ideas, es decir, con los medios de formación del consenso y del disen-

²⁸ Bobbio, “Le colpe dei padri”, p. 657.

²⁹ Bobbio, *Gli intellettuali e il potere*, p. 65. Sobre la diferencia entre los tipos de consenso, Bobbio afirma que hay uno obligatorio y libre: “el consenso se presenta como la prueba de la bondad de un régimen [...] en efecto, ¿qué valor puede atribuirse al consenso cuando el disenso no está permitido?, ¿cuando el ciudadano no es libre de escoger entre consenso y disenso?”, Norberto Bobbio, “Ma che cosa è questo socialismo”, en *Le ideologie e il potere in crisi*, Florencia, Le Monnier, 1981, p. 39.

³⁰ Bobbio, *Gli intellettuali e il potere*, p. 65.

³¹ *Ibid.*, p. 64.

³² Bobbio, “Intellettuali”, p. 798.

so”³³. La ventaja que ofrece la definición “intermedia” propuesta por Bobbio radica en que permite ver que la función del creador de ideas posee un carácter político, sobre todo a partir de la posibilidad de establecer un estrecho vínculo entre los intelectuales y su contexto histórico.

¿Cuál función política?

Hemos afirmado que uno de los puntos centrales de la propuesta bobbiana sobre las relaciones entre política y cultura está en que los intelectuales son “difusores de ideas” y que a través del “coloquio” ejercen una función política específica. Sin embargo, es necesario precisar que, según nuestro autor, en el mundo contemporáneo se han dado diversas concepciones respecto a esta función y que para analizarla de manera integral hay que estudiar también lo que se entiende por poder político. Bobbio considera el problema desde dos ángulos, por un lado, *ex parte principis*, y por el otro, *ex parte populi*: “el primer punto de vista corresponde a aquel que se comporta como consejero del príncipe y que presume de o finge ser el portador de los intereses nacionales y habla en nombre del Estado; por el contrario, el segundo se coloca como defensor del pueblo o de la masa, concebida ésta como una nación o como clase explotada”.³⁴ De acuerdo con esto, la respuesta que se da depende del juicio que se tiene sobre el poder político. Cada intelectual, cuando responde a esta pregunta, coloca su propia actividad en dos ámbitos distintos: el del poder constituido o el del poder constituyente. Por otra parte, los intelectuales pueden presentar posiciones diversas según los diferentes momentos históricos sin sentirse en contradicción consigo mismos.³⁵ Según Bobbio, existen dos concepciones antagónicas: la primera representada por quienes exaltan la vida contemplativa en comparación con la vida activa, despreciando a los que se pierden en las atenciones del mundo; la segunda por quienes creen que el hombre de cultura tiene el deber de comprometerse con la acción política porque fuera de la comunidad ordenada no existe salvación. En efecto, hay los que utilizan las armas propias de la inteligencia (ideas, opiniones, creencias, doctrinas, ideales) para combatir el poder constituido y para

³³ Bobbio, “Le colpe dei padri”, p. 657.

³⁴ Norberto Bobbio, “La resistenza all’oppressione oggi”, *Letà dei diritti*, Turín, Einaudi, 1990, p. 159.

³⁵ Bobbio, “Intelletuali”, p. 806.

tratar de construir otro que consideran mejor. En contraposición están los que ejercen su influencia para consolidar el gobierno de su país.³⁶ ¿Quién tiene razón y quién se equivoca? El primer punto de vista presupone un juicio de valor negativo sobre el poder político al sostener que “la tarea política de los intelectuales es combatir el poder, partiendo del supuesto de que el poder constituido, cualquiera que éste sea, es un mal en sí mismo”; por el contrario, el segundo punto de vista afirma que la función política de los intelectuales no consiste en combatir el poder, ya que “el poder constituido, cualquiera que éste sea, es un mal menor respecto a la disolución del poder que abre las puertas a la anarquía y a la guerra civil [...] la función de los intelectuales consiste [...] en defender las razones del poder”.³⁷ A partir de estos juicios de valor sobre el poder político pueden identificarse diversos grados de compromiso político de los intelectuales. Bobbio propone la siguiente tipología: 1) los intelectuales están en el poder; 2) los intelectuales ejercen su influencia sobre el poder, quedándose fuera pero elaborando propuestas que pueden o no ser consideradas; 3) los intelectuales se dedican a legitimar el poder constituido; 4) los intelectuales critican constantemente al poder, y 5) los intelectuales consideran que su función es no tener ninguna relación con el quehacer de la *polis*.³⁸ En cada circunstancia, la función política de los intelectuales “no tiene un valor absoluto”, porque puede cambiar de acuerdo con los diferentes momentos históricos. En tal sentido, el *juicio que el intelectual da sobre el poder*, sobre sus varias formas y sus consecuencias, buenas o malas, sobre la existencia de un poder o de un contrapoder, o sobre la posibilidad de que no exista ninguno de estos dos tipos, puede variar según los tiempos y las circunstancias. Esto se constata empíricamente cuando los opositores del poder se convierten en sus defensores al cambiar éste de signo. Del mismo modo, los apasionados del compromiso se convierten en promotores del no compromiso cuando se dan cuenta de que el objeto de sus aspiraciones ya no corresponde a sus ideales.³⁹ Bobbio afirma que no existe una política de los intelectuales sino muchas,

³⁶ “Pero, ¿se puede comparar a quien promueve el consenso para salvar un Estado democrático amenazado por la violencia subversiva de derecha y de izquierda, un Estado que admite el disenso, con quien se inclina a solicitar consensos a un Estado totalitario donde los disidentes son castigados o suprimidos?”, Norberto Bobbio, “Come i polli nella stia”, *L'utopia capovolta*, La Stampa, Turín, 1990, p. 8.

³⁷ Bobbio, “Quali intellettuali e per quale politica”, p. 9.

³⁸ Bobbio, “Presenza politica della cultura”, p. 324.

³⁹ Bobbio, “Quali intellettuali e per quale politica”, p. 9. (Las cursivas son mías.)

desde el momento en que existen diferentes interpretaciones sobre su función política: "el discurso sobre la función de los intelectuales me ha parecido siempre genérico y estéril, ya que no existe sólo una categoría de intelectuales de la que se pueda decir que tiene una tarea específica en la sociedad, en cambio son quienes transmiten las ideas y las doctrinas, a veces con profundas diferencias".⁴⁰

Otro aspecto fundamental de la caracterización formulada por Bobbio es que la función política de los intelectuales no debe ser, de ningún modo, confundida con el tipo de participación política que éstos pueden llevar a cabo dentro de un partido, de una iglesia o de un Estado. Asimismo, es importante tener presente que cada sociedad concibe de manera diferente a quienes considera los representantes del poder ideológico y, en tal sentido, una definición neutral acerca de la función política de los intelectuales tiene el mérito de acentuar la relación entre la función de los hombres de cultura y el poder político.⁴¹ En relación con este punto nuestro autor precisa que "la función política depende *in primis* de la disposición que tiene el hombre de cultura frente a los problemas políticos de su tiempo". En este marco analítico podemos establecer una primera premisa: no existe sólo una política de los hombres de cultura que tenga validez absoluta para todos los tiempos y, por lo tanto, resulta incorrecto decir qué deben hacer los intelectuales en todas las circunstancias históricas.

Este problema tiene múltiples respuestas y puede ser analizado a través de distintas ópticas y en diferentes direcciones. Hemos sostenido que cuando se pretende generalizar sobre la función política de los intelectuales se comete un grave error, ya que aunque elaboran y propagan ideas, doctrinas y, a veces, sistemas filosóficos enteros, hay entre ellos grandes diferencias.

En lo que se refiere a la política, existen los utopistas y los realistas, los fanáticos y los cínicos, los amigos y los enemigos del poder constituido, los comprometidos y los indiferentes; respecto a las religiones constituidas están los creyentes y los no creyentes; respecto a la historia pasada, los tradicionalistas y los innovadores; y respecto a la historia futura, los pesimistas y los optimistas.⁴² Se puede concluir,

⁴⁰ Norberto Bobbio, *Maestri e compagni*, Florencia, Passigli Editore, 1984, p. 7.

⁴¹ En otras palabras, Bobbio estudia las relaciones entre el poder ideológico, que "se sirve de la posesión de ciertas formas de saber para ejercer influencia sobre el comportamiento ajeno" y el poder político, definido como "el poder que está en posibilidad de recurrir en última instancia a la fuerza (y es capaz de hacerlo porque ejerce su monopolio)", Norberto Bobbio, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, México, FCE, 1989, p. 111.

por lo tanto, que el problema general de la relación entre intelectuales y política es un problema falso. Según Bobbio, el acento debe ponerse no tanto en el contenido como en el *método*, porque no existe un problema general acerca de la relación entre intelectuales y política sino tantas soluciones como temáticas.⁴³ En efecto, el problema de los intelectuales debe plantearse de manera que pueda ser analizado individualmente, ya que quien escoge una determinada postura, debe ser ubicado en un contexto histórico específico, a fin de poder destacar las finalidades políticas de los sujetos interesados.

Se puede decir que en la concepción de Bobbio sobre la función política del intelectual existe una continuidad que ha sido mantenida hasta nuestros días, a pesar de sus múltiples reformulaciones y replanteamientos. Un ejemplo de ello lo encontraremos, si comparamos un artículo de 1951, donde Bobbio sostiene que “la tarea de los hombres de cultura es hoy más que nunca sembrar dudas y no recoger certezas”,⁴⁴ con algunos párrafos escritos años después en los que afirma que los intelectuales “no pueden sustraerse de las responsabilidades políticas específicas que derivan justamente de su calidad de hombres de cultura y de la conciencia de que a la cultura le corresponde también una función de crítica, de control, de regeneración y de creación de valores que es, a corto y a largo plazos, una función política, obligatoria y eficaz sobre todo en tiempos de crisis y de renovación”.⁴⁵ Esta tesis, relativa a la tarea crítica de los intelectuales, adquiere mayor congruencia cuando Bobbio se refiere a la “función de mediación”, expresada con claridad en la década de 1970, cuando afirma:

a los intelectuales no les corresponde la tarea de reproponer fórmulas y de recitar cánones. Les corresponde una labor de mediación. Y mediación no significa síntesis abstracta, mirada olímpica, alejamiento mágico, sino observar [...] con el interés del más fervido de los espectadores y, al mismo tiempo, con el desinterés del más rígido de los críticos [...] Pienso que esta labor de mediación en la actual circunstancia histórica es extremadamente importante y digna de ser llevada a cabo.⁴⁶

⁴² Bobbio, “Prefazione”, *Maestri e compagni*, p. 7.

⁴³ Bobbio, “Quali intellettuali per quale politica”, p. 9.

⁴⁴ Norberto Bobbio, “Invito al colloquio”, *Politica e Cultura*, Turín, Einaudi, 1955, p. 15.

⁴⁵ Norberto Bobbio, “Croce e la politica della cultura”, *Politica e Cultura*, p. 101.

⁴⁶ Norberto Bobbio, “L’attività di un intellettuale di sinistra”, *I comunisti a Torino 1919-1972*, Roma, Riuniti, 1974, p. 230.

En sus más recientes declaraciones, Bobbio reafirma su concepción acerca de la función política de los intelectuales sosteniendo que: “durante los años que llevo entablando discusiones con intelectuales de una y otra parte, he pregonado loas al mediador, quien en el conflicto se sitúa por encima de los partidos, tratando de buscar y encontrar alguna posibilidad de acuerdo”.⁴⁷ Estos ejemplos demuestran que las reflexiones de Norberto Bobbio constituyen una importante referencia para analizar esta problemática, enseñándonos con su propia actitud que cuando un intelectual discute sobre su función y su responsabilidad ante la sociedad debe aprender a respetar una “regla de oro” que puede expresarse en pocas palabras: sólo a través de una actitud crítica y tolerante es posible establecer, con igual dignidad y respeto, el diálogo con aquellos interlocutores que no piensan del mismo modo. Es justamente en este sentido que Bobbio está convencido de que “la batalla por el diálogo es una batalla política por el desarrollo de la democracia”. Sin duda, este conjunto de reflexiones acerca de la función política de los intelectuales puede ser considerado como punto de partida útil en la necesaria —e impostergable— tarea de analizar con *método* el papel que han desempeñado los intelectuales mexicanos frente al poder político durante el presente siglo.

⁴⁷ Antonio Gnoli, “Il labirinto e la storia”, *La Repubblica*, 28 de septiembre de 1993, p. 33; reproducido con el título “Bobbio, el poder y los intelectuales”, *El Nacional*, lunes 1 de noviembre de 1993, p. 14.